

EL PERSONALISMO EN EL CONCILIO VATICANO II



por
ISMAEL QUILES

EL INTERROGANTE más grave y el más urgente que tiene nuestra generación por resolver es cuál debe ser el tipo de estructura social que **en concreto** queremos, para responder a la nueva conciencia de justicia social, de participación, de liberación de los individuos y de los pueblos, dejando de lado las críticas "unidimensionales" o las utopías al estilo de Marcuse, es necesario que hablemos del "cambio de estructuras", pero ello no basta; saber lo que queremos es relativamente fácil y quedarse en ello es una actitud simplista, sin imaginación y solo negativa. Lo difícil y lo importante, más aún lo necesario, si no queremos correr el riesgo de caer en estructuras peores, es **saber lo que queremos**, cuáles son las soluciones positivas y concretas en que hallaremos la justicia, la liberación, la independencia, la dignidad humana.

El Concilio Vaticano II, que con un valiente sentido de modernidad y compromiso ha recogido "los gozos y las esperan-

zas, las tristezas y las angustias de nuestro tiempo" ofrece al mundo un aporte positivo, señalando el espíritu y los principios que deben primar, aun en el orden de las realidades terrenas, para la construcción de ese "nuevo humanismo", que haga más felices a todos los hombres.

Una de las características fundamentales del Concilio Vaticano II, y tal vez la raíz de todo su enfoque en lo que consistiría su verdadera originalidad, ha sido explicitar más y más un aspecto fundamental de la misión que la Iglesia ha recibido de Dios: servir al hombre. Paulo VI declaró con énfasis, que la Iglesia, con su misión sobrenatural, desea servir al hombre, y por eso presenta el mensaje cristiano ante toda la humanidad como un auténtico y verdadero humanismo que quiere interpretar la realidad integral del hombre¹.

Pero este humanismo, este servicio al hombre y a todo el hombre, debe ser dirigido por una "correcta visión" del hombre mismo. Aquí tenemos el otro aporte

claro del Concilio, no porque sea nuevo en la tradición de la Iglesia, ni en la Teología ni en la Filosofía, sino porque el Concilio, al asumirlo y al señalarlo como la raíz esencial del ser, de la vocación y de la dignidad del hombre, está aportando claridad y precisión sobre el punto de partida, el fundamento y la raíz de todo el dinamismo y desarrollo individual y social del hombre y de su historia. Se trata de precisar aquel punto que todos los hombres de todas las naciones, en una u otra forma, presuponen, en el que van a converger para iniciar el diálogo sobre sus relaciones y al que continuamente deberán referirse para ver si su marcha es correcta: ese punto de partida, esa realidad fundamental, es el hombre como persona; es decir, la comprobación de que la esencia del hombre y su dignidad radican en su ser de persona. Por eso, mostrándose como un auténtico Concilio de nuestro tiempo, el Vaticano II más que ningún otro de los que lo han precedido, ha recurrido a la dignidad del hombre como persona, y a la esencia de la persona humana, como al principio filosófico, metafísico, teológico y antropológico para iluminar las correctas soluciones en los múltiples campos de la actividad humana, individual y social, desde la libertad religiosa a la economía y desde la obediencia en la Iglesia hasta la vida íntima del individuo. Puede decirse que todos los documentos conciliares (Constituciones, Decretos y Declaraciones) llevan la impronta frecuente de la referencia a la persona humana. Puede decirse que la doctrina de la persona y la iluminación sobrenatural que aporta el mensaje de Cristo (que también es para el hombre, para la persona), son los dos rieles del Concilio. Es el Concilio del humanismo natural y el del humanismo iluminado por la Fe, que respeta, aclara y sublima, en último término, a la persona humana.

Confesamos que este carácter del Concilio Vaticano II nos impresiona vivamente, porque se presenta como providencial para iluminar la problemática actual del mundo, lo que podríamos llamar la problemática que naturalmente habría de surgir del Concilio. Por cierto que ello parece autorizarnos para calificar al Concilio Vaticano II como un Concilio personalista en el sentido integral y profundo del personalismo.

Creemos por ello muy conveniente estudiar la concepción antropológica filosófica que el Concilio toma como base para darnos la idea del hombre y de su posición en el cosmos que va a ser iluminada y sublimada por la revelación de Cristo.

Podemos escalar la doctrina del Concilio en las siguientes afirmaciones, a través de sus textos:

1º) Reafirmación de la **dignidad de la persona humana** y de su superioridad sobre todas las realidades terrenales.

2º) La afirmación de que la raíz de la superioridad y de la consiguiente dignidad de la persona humana está en su **interioridad**.

3º) La afirmación de la **índole social del hombre**, no como algo accidental, sino como necesario y perteneciente a la esencia misma de la persona.

4º) Finalmente la confirmación de la **prioridad de la persona humana sobre la sociedad**.

El tema de la persona humana y de su relación de interdependencia con la sociedad ha sido tratado por el Concilio en los dos primeros capítulos de la Constitución **Gaudium et Spes**: "La dignidad de la persona humana" y "La comunidad humana". Los mismos epígrafes constituyen un programa y una afirmación.

Como es sabido, el texto de la actual Constitución pastoral "**Gaudium et Spes**" fue objeto de una prolongada elaboración y fue sufriendo transformaciones en las diversas etapas de su preparación y de su discusión en el Concilio. Puede decirse que este texto, uno de los últimos en ser aprobado, era uno de los objetivos fundamentales del Concilio y el que le daba, por así decirlo, su carácter de Concilio de nuestro tiempo, ya que trata de la presencia de la Iglesia en el mundo actual. En realidad, todos coinciden en que el Concilio giró en torno a dos polos: la Iglesia en sí misma y la Iglesia en el mundo actual.

Ahora bien, este último tema estaba inspirado, ya desde su primer planteo, como punto de partida, en torno a la dignidad de la persona humana.

1. Reafirmación de la dignidad de la persona humana y de su superioridad sobre todas las realidades terrenas.

El espíritu de la Iglesia y del Concilio llevó siempre hacia la afirmación del valor de la persona humana. Ya en el primer vaguísimo esquema de los problemas de la Iglesia en el mundo actual apuntaba el Cardenal Suenens el de la "vida de la persona humana" como el primero entre alguno de los problemas más importantes, al que seguían la justicia social, la evangelización de los pobres y la paz

internacional. El entonces Cardenal Montini corroboró la línea indicada por el Cardenal Suennens⁸.

La preocupación central del Concilio sobre el hombre, y, dentro de ésta, la primacía por la persona humana y sus derechos aparece clara también en la misma preparación del documento conciliar. Efectivamente, un segundo esquema, todavía provisorio, debía contener seis capítulos; el primero de los cuales trataba de la **admirable vocación del hombre** y el segundo de **la persona y los derechos personales**⁹ (Mac Grath, p. 167). Pero el capítulo primero actual ha resumido en dos el de la vocación del hombre y el de la dignidad de la persona y los derechos personales porque "la vocación del hombre" se centraba ahora en el concepto de persona bajo el título "Sobre la vocación de la persona humana"¹⁰.

Esta observación de uno de los participantes más activos en la redacción del Esquema nos muestra que la preocupación del Concilio sobre el hombre se centró, en último término, sobre la persona humana. Ello nos autoriza a interpretar el espíritu del Concilio como un humanismo centrado en un personalismo.

Los textos conciliares son ahora perfectamente inteligibles. Todo en la vida del hombre y del mundo actual debe girar en torno a la persona humana y servir para promoverla y realizarla.

Y, ante todo, la afirmación de la superioridad del hombre, por ser persona, sobre el universo material: "No se equivoca el hombre al afirmar su superioridad sobre el universo material y al considerarse, no ya como partícula de la naturaleza o como elemento anónimo de la ciudad, sino que tiene por sí mismo un sentido propio frente a la naturaleza y frente a la ciudad humana, aun cuando forma parte de la misma" (Nº 14).

Y más adelante vuelve a afirmar el Concilio que "el hombre por virtud de su inteligencia es superior al universo material" (Nº 15). A propósito del ateísmo, el Concilio insiste en la dignidad y en el destino trascendente del hombre que se basan precisamente en su inmediata relación con Dios. "La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios" (Nº 19). Por eso su destino trasciende el mundo material, pues está "situado más allá de la frontera terrestre" (Nº 18). No es extraño que el Concilio insista sobre la supe-

rioridad del hombre, de la persona humana, sobre el universo sensible.

2. La raíz de la superioridad y de la consiguiente dignidad de la persona humana está en su "interioridad".

El Concilio da a continuación la explicación metafísica de su afirmación. El hombre es un ser que tiene, frente a la naturaleza y frente a la ciudad humana, su dignidad propia y su sentido propio porque posee una "interioridad", es decir, un estar en sí mismo, un sí-mismo que no puede confundirse ni diluirse en la naturaleza ni en la ciudad. Y por esta interioridad, este que nosotros llamaríamos "estar-en-sí-mismo", el hombre tiene dos puentes estrictamente individuales, propios, por los cuales se comunica con el mundo y sobre todo con Dios, para decidir él por sí mismo su propio destino.

El Concilio es explícito. "Por su **interioridad** es, en efecto, superior al universo entero; a esta **profunda interioridad** retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones" (Nº 14; el subrayado es nuestro).

El Concilio nos señala la estructura profunda del hombre, su realidad metafísica, es decir, la **interioridad**. Nosotros la hemos llamado "ser-en-sí" o "in-sistencia", que significa etimológicamente "estar-dentro-de-sí-mismo". Por esto hemos señalado, como experiencia de toda la historia de la filosofía, que la última esencia del hombre y su fundamental dignidad está en la insistencia, en la interioridad. El Concilio aquí confirma con precisión esta interpretación de la realidad fundamental y originaria del ser del hombre, de donde nace su admirable vocación en la historia¹¹.

Esta interioridad el Concilio la encuentra además y la confirma en la triple característica esencial del hombre, la inteligencia, la conciencia moral y la libertad. Podemos decir que la interioridad para el Concilio es la raíz de la persona y que su dinamismo y su expresión se hallan en la inteligencia, en la conciencia moral y en la libertad. Las tres tienen su raíz en la interioridad y las tres son una nueva expresión de la dignidad y de la responsabilidad de la persona humana. Citemos tres textos decisivos:

Sobre la inteligencia: "Tiene razón el hombre, participante de la luz, de la inteligencia divina, cuando afirma que por virtud de su inteligencia es superior al universo material" (Nº 15 y sigs.). "La na-

turalidad intelectual de la persona humana" es una expresión conciliar, por la cual, una vez más, señala la inteligencia como característica esencial de la persona, que acentúa y expresa su interioridad pues sólo desde ella y por ella se comunica el hombre con los demás y con el mundo.

También la conciencia moral reafirma el carácter de intimidad y de autonomía de la persona: el hombre será juzgado por Dios "personalmente". "La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrado del hombre, en el que se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella" (Nº 16).

Grandeza e interioridad de la libertad: "La dignidad del hombre requiere, por tanto que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e inducido por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa" (Nº 17). El Concilio supone muy bien la metafísica de la libertad, ya que esta implica la interioridad (convicción interna personal), pues es un movimiento de dentro afuera.

No es raro, pues que el Concilio en esta Constitución pastoral, y puede decirse que en todos sus documentos, tanto cuando se refiere a los derechos y obligaciones del hombre, a las relaciones de los hombres entre sí y a la vocación del hombre a la unión con Dios (Nº 19) como a la vocación sobrenatural y a su inserción en la vida de la Gracia y de la Iglesia, está haciendo una continua referencia a la persona humana. Por eso, repetimos, que el espíritu del Concilio es, en el fondo, el de un personalismo. Por supuesto, teniendo en cuenta también la revelación y la realidad histórica integral del hombre, se trata de un "personalismo cristiano". El término ha sido ya usado por A. Rauscher, S. J. en su comentario, a esta Constitución Pastoral¹.

Por lo mismo, no es de extrañar que el Concilio en esta Constitución, y también siempre que se presentaba la oportunidad, haya hecho suya la fórmula "los derechos fundamentales de la persona humana" y trate de salvaguardarlos frente a todas las teorías y situaciones del hombre (v. gr. Nros. 21, 26, 29, 59, 65, 66, 73, 75, etc.).

La actitud y la doctrina del Vaticano II respecto de la persona humana, de su superioridad sobre el universo material y de su esencia metafísica, la interioridad, es un aporte precioso y clarificador.

Veremos en el próximo estudio cuál es la relación de la persona y la sociedad.

1º) "La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. Una simpatía inmensa lo ha penetrado todo. El descubrimiento de las necesidades humanas —y son tanto mayores cuanto más grande se hace el hijo de la tierra— ha absorbido la atención de nuestro sínodo. Vosotros, humanistas modernos, que renunciáis a la trascendencia de las cosas supremas, conferidle siquiera este mérito y reconoced nuestro nuevo humanismo: también nosotros —y más que nadie— somos promotores del hombre". En "El valor religioso del Concilio", alocución de S. S. Paulo VI el 7 de diciembre de 1965 con motivo de la clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II p. 816, **Concilio Vaticano II**, Constituciones, Decretos, Declaraciones, B.A.C., Madrid, 1965.

2º) Naturalmente, para una mejor comprensión del texto de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes" es de interés conocer la historia de la elaboración del texto hasta su redacción definitiva promulgada el 7 de diciembre de 1965. Entre los varios trabajos que al respecto pueden citarse recomendamos: E. Riedmatten, experto del Concilio, que colaboró en la génesis del texto a lo largo de la actividad conciliar: **Historia de la constitución pastoral, en La Iglesia en el mundo actual**, por Carlos Rahner y otros Edit. D.B.B., Bilbao 1968, traducción del original holandés por J. Carrillo, pp. 45-90; Mark C. McGrath, C.S.S., **Notas históricas sobre la constitución pastoral "Gaudium et Spes"**, en **La Iglesia en el Mundo de hoy**, Estudios y comentarios a la Constitución "Gaudium et Spes", obra colectiva dirigida por G. Barauna, O.F.M., perito del Concilio, Ed. Studium Madrid 1967, pp. 165-181; J. Mejía, **La Constitución Pastoral "Gaudium et Spes"**, Génesis, elaboración, crisis y resultado, en **Teología**, Tomo V, diciembre 1967, pp. 9-27.

3º) Ver Riedmatten, E. H. de o. c., p. 49.

4º) McGrath, M. G. o. c., p. 167.

5º) *Ibid.*, p. 175.

6º) En nuestra obra **Más allá del existencialismo** (Filosofía In-sistencial) tratamos de mostrar justamente que la esencia originaria del hombre y el punto de partida para iluminar los problemas humanos es la "in-sistencia" que el Concilio llama "interioridad". Remitimos a los lectores tanto a esta obra (Ed. Mirale, Barcelona, 1958) como a **Tres lecciones de Metafísica insistencial**, (Ed. Balmes, Barcelona, 1961).

7º) Rauscher, A., S.J., "Los fundamentos naturales de la vida social" en **La Iglesia en el mundo de hoy**, Estudios y comentarios a la constitución "Gaudium et Spes", Edición citada pp. 337-349. Aprovechamos también para recomendar, sobre los dos capítulos de la Primera Parte de la Constitución Pastoral "Gaudium et Spes", además de este rico y autorizado trabajo, los de Setien, J. M., S. J., "La comunidad humana", en **comentarios a la Constitución Gaudium et Spes**, B.A.C., 1968, p.p. 217-266; y los de Delahaye Ph., **Dignidad de la persona humana**, pp. 303-326. Asimismo Schillebeeckx E., "Fe cristiana y espera temporal" en **La Iglesia en el mundo actual**, edición citada, D.B.B., 1968, p.p. 113-151. También las notas y comentarios de la traducción francesa preparada por el Episcopado francés, con introducción, notas e índice analítico por "L'Action Populaire", Spes, Paris, 1966.